**EL ESPÍRITU NO ABANDONA LA IGLESIA**

Esta es nuestra fe. En otros tiempos creíamos que sólo en la Iglesia habitaba el Espíritu y por lo tanto sólo en ella había salvación. El propio Espíritu nos ha susurrado que no era así, pero también nos ha permitido ver, contemplando la larga historia de dos mil años, que - a pesar de las sombras, los desvíos y graves infidelidades al Evangelio - no abandona a la Iglesia.

La Iglesia puede ser "sempre reformanda" si responde al Espíritu que la despierta, una y otra vez, porque Dios es fiel y no abandona la obra de sus manos. Entonces, de entre las sombras, emergen y sorprenden al mundo y a la propia Iglesia acontecimientos, comunidades, personas, que, como los antiguos profetas de Israel, llaman a la conversión y en medio de contradicciones y grandes dolores de parto, se convierten en íconos, en sacramentos de la Presencia salvadora de Dios.

Se necesita una mirada lúcida y teológica que, contemplando los hechos en su densidad histórica, descubra un hilo conductor, que, uniendo los puntos, descubra un sentido, un rastro de Luz en las luces que se ven dispersas y por un breve instante, como la de las luciérnagas en las noches de verano. Entonces captamos una trayectoria y una dirección, que a su vez constituyen un llamado.

Hoy quiero compartir la línea de continuidad que percibo entre tres personas que han aportado luz he indicado proféticamente el camino en las últimas décadas. Personas luces que aportan claridad a todos, pero concretamente llaman a la conversión a la propia Iglesia. Ellos son San Pablo VI, San Romero y el Papa Francisco.

**1. La luz de San Pablo VI.** Este obispo de Roma tuvo la enorme responsabilidad, y supo asumirla, de continuar y llevar a buen término el Concilio Vaticano II, la magna empresa que el Espíritu inspirara al Papa bueno, Juan XXIII.

La luz venía amaneciendo y gestándose entre las sombras desde el mundo secular y también en el propio seno de la Iglesia, entre los teólogos que a riesgo de silenciamientos se animaban a pensar y repensar la fe con nuevas categorías; entre los laicos que ensayaban nuevos caminos de acción y reflexión; en el compartir experiencias entre sacerdotes, religiosos, laicos y creyentes de otras confesiones.

Pablo VI supo acoger esas luces, esos múltiples colores del amanecer, para continuar con fidelidad a su predecesor, también con lucidez y valentía el Concilio. Y luego acompañar y apoyar el salto cualitativo de la Iglesia latinoamericana dado en Medellín, confiando en los obispos y asesores, aprobando sus documentos sin enmendarlos.

Mucho podríamos decir de Pablo VI, pero para el objetivo de mostrar la continuidad con Monseñor Romero y el actual Papa, recojo unas afirmaciones suyas que lucen, entre otras igualmente valiosas, en las catacumbas de San Calixto. Yo había estado allí en otras oportunidades, pero 2 días antes de su canonización, descubrí afuera, antes de la entrada, una especie de capilla circular dedicada a Pablo VI y concretamente a su responsabilidad en el cierre del Concilio y visita con muchos Padres Conciliares a las catacumbas.

"*Para mí las catacumbas son el recuerdo de una larga historia de ocultamiento, de desprecio, de persecución, de martirio.... El recuerdo de una intimidad e intensidad religiosa que será para siempre ejemplo en los siglos sucesivos: ejemplo de invencible convicción de que Cristo es la verdad, Cristo es la salvación, Cristo es la esperanza, Cristo es la victoria. Aquí el cristianismo profundizó sus raíces en la pobreza, en el ostracismo del poder constituido, en el sufrimiento de la injusta y sangrienta persecución. Aquí la Iglesia fue desprovista de todo poder, fue pobre, fue humilde, fue piadosa, fue oprimida y fue heroica*."

Son palabras sentidas, profundas, fuertes de quién fue ahora declarado santo y modelo. Constituyen una "aletheia" porque descubren el velo que oscurece el sentido de la Iglesia y hacen resplandecer su verdadera luz, Jesús, su vida y mensaje, la Palabra viva. Sin embargo, tal como dice el prólogo del cuarto Evangelio, muchos otra vez prefirieron las tinieblas.

Otros la acogieron, recogieron el mensaje, y fueron testigos de esa otra Iglesia posible. Vemos aquí la irradiación de la acción del Espíritu en el Pacto de las Catacumbas, celebrado por muchos obispos latinoamericanos en las otras catacumbas, las de Domitila, y tantos y tantas después que quisieron -y queremos hoy- ser fieles al Evangelio, a la kenosis del Hijo.

**2. San Romero de América** (por aclamación popular desde su martirio) y del mundo (desde el 14/10/18). Mucho se ha dicho y recogido de las homilías de este obispo profeta y mártir "por odio de la fe". También recientemente, en torno a su canonización, incluso se ha planteado el peligro que acecha, que el "elevarlo a los altares" implique desencarnarlo, alejarlo de la realidad a la que él quiso responder. Esperemos que eso no ocurra, al menos en El Salvador y en América latina. Recogemos el sentido profundo de la declaración de santidad: el de ser modelo y aliento para los cristianos, en las circunstancias de cada uno.

Propongo para ello leer o escuchar nuevamente las conferencias del III Congreso de Teología de Amerindia realizado recientemente en la tierra de Monseñor Romero y de tantos mártires. Diversas presentaciones abordaron el tema de su trayectoria.

Es sabido lo que significó en su camino y servicio de pastor la muerte -el asesinato- de Rutilio Grande, el sacerdote tan cercano como cuestionador a Romero. Para algunos ese hito dio lugar a su "conversión" al pueblo pobre, sufriente y violentado, a su promoción y a su defensa hasta dar la vida. Otros expositores subrayaron y ayudaron a ver la sensibilidad y la continuidad a lo largo de la vida de Monseñor Romero, señalando su atención a los signos de los tiempos y a las contradictorias circunstancias que le tocó vivir durante esos 3 años de pastor.

Romero vivió desde las distintas responsabilidades una evolución continua, una vida de profunda oración por la cual estuvo abierto a la acción y al aliento del Espíritu. Claro que los acontecimientos tan duros como la muerte de sus sacerdotes, de laicos y laicas fieles, al sufrimiento cada vez más intenso del pueblo, siendo testigo de su sangre que clamaba al cielo, fueron calando hondo en el obispo. De ahí que en su breve pastoreo asumió posturas tan claras y proféticas que provocaron en algunos respeto y adhesión y en otros odio y persecución hasta el asesinato en la sencilla capilla del hospitalito mientras celebraba la Eucaristía.

San Romero es un hijo del Concilio Vaticano II e hijo de Medellín. También es digno heredero del pacto de las catacumbas -aunque no es de los firmantes- y asume plenamente el modelo de Iglesia que Pablo VI nos recuerda y propone como ejemplo perenne en San Calixto.

No es sólo hijo, como pastor y mártir, es también padre-madre de muchos. Su sangre derramada, como la del Maestro, sigue dando vida a los pueblos, a los hombres y mujeres de buena voluntad y a la Iglesia que lo amaba y a la que lo denostaba. Pero sobre todo sigue iluminando a los que buscan entre sombras y dolores de parto la vida abundante para todos.

Dios no se deja vencer en fidelidad y generosidad, y tanta es la fecundidad de los santos y mártires del Pueblo de Dios, que se ha encendido otra luciérnaga que nos ayuda a seguir el hilo de oro o de Luz: cuando menos lo esperábamos y de modo también inesperado, el Espíritu regala a la Iglesia y al mundo un Papa latinoamericano, que elige llamarse Francisco.

**3. El Papa Francisco**. El Papa que acoge y responde a la realidad de nuestro tiempo, que recuerda la alegría del Evangelio, la alegría del amor, los gritos de la tierra agredida y de los pobres de la tierra, que recuerda el llamado universal a la santidad...

El Papa de los gestos también proféticos como su primera salida al balcón pudiendo la bendición, y del Vaticano a rezar en Lampedusa... El Papa que improvisa, que responde entrevistas... El Papa que es capaz de dar marcha atrás cuando se equivoca, como en Chile. y tantos gestos y palabras que alegran a unos y escandalizan a otros... Historia repetida...

El Papa llegado de lejos, Francisco, no ha olvidado al asumir como Obispo de Roma lo vivido y aprendido en el sur, en particular en su experiencia de la Conferencia Episcopal de Aparecida. Y pide y exige una Iglesia pobre y abierta, en salida, una Iglesia donde los últimos sean los primeros, los difamados reconocidos en su entrega fiel, en su santidad.

No se enciende una luz para ponerla debajo de un mueble, sino para que ilumine toda la casa. Basta encender una luz por pequeña que sea para recordemos y recuperemos el Camino y volvamos a ser sencillamente como los primeros cristianos seguidores de Jesús y su Buena Noticia sobre el Padre, el Dios de la vida abundante.